

JEAN-PAUL ENTHOVEN

RAYMOND ARON, EL ÚLTIMO SABIO

ENTREVISTA A CLAUDE LÉVI-STRAUSS

-De todos sus "colegas", usted era sin duda el que Raymond Aron más estimaba. Como si presintiera que usted era, junto con él, el último representante de una cierta tradición universitaria...

-Yo puedo dar fe, en principio, de la inmensa estima que yo mismo sentía por él y, hoy en día, de mi cariño. Sin embargo, no fuimos amigos cercanos; nos conocimos a la distancia, sobre todo después de la Liberación, pero no creo que hayamos cruzado, a lo largo de nuestras vidas, más de una docena de cartas; nunca vino a mi casa ni yo fui a la de él; jamás comimos o cenamos juntos; nuestros encuentros eran profesionales u oficiales. Y a pesar de eso, confusamente, yo sentía que Aron poseía todo lo que me faltaba.

-¿Qué quiere decir?

-Yo estaba impresionado por su inmensa cultura filosófica, económica, política, por la acuidad de su mirada o de pensamiento frente a acontecimientos cuya inteligencia se me escapaba. Sobre todo yo le envidiaba ese don, a mis ojos casi sobrenatural, de expresar su pensamiento bajo una forma definida en el momento mismo en que lo formulaba. Lo que salía de su boca era ya definitivo mientras que, para mí, el pensamiento se parece primero al bloque de piedra entre las manos de un escultor: encuentro la forma indicada, claro, ¡pero cuánto esfuerzo me hace falta para alcanzarla, para extraerla! Por eso, cuando Aron me confesaba que él no necesitaba más de una hora para hacer sus editoriales, yo entraba en estado de admiración ¡Cuánto le envidié ese don...!

-Entonces no tenían entre ustedes ninguna discusión, ningún intercambio de ideas como dos colegas del Collège de France o, más simplemente, como dos intelectuales...

-Nunca dimos en eso. Salvo, quizás, una vez, en ocasión de un episodio que él recuerda en sus *Mémoires* y que concierne a la publicación de su libro *De Gaulle, Israel et les juifs*, después de la guerra de 1967. En esa época, me molestó más que a él el verdadero "peso" de cierta prensa y opinión a mi modo de ver demasiado apresuradas por confundir los intereses de Francia con los de la causa israelí. Aron, en su libro, subrayaba que, por primera vez, los judíos de Francia estaban orgullosos de sentirse, al mismo tiempo, muy judíos y muy franceses. Yo, por el contrario, pensaba que los acontecimientos del Cercano Oriente los obligaban a sentirse más franceses que judíos. Eso era lo que le decía en una carta que tuvo la gentileza de reproducir en su último libro.

© Le Nouvel Observateur

-¿Respondió él a esa carta?

-Por supuesto, y yo le envié, hace algunas semanas, una fotocopia a fin de que, si lo deseaba, la integrara en una próxima edición de las *Memorias*.

-¿Qué sostenía él?

-No soy yo quien debe decirlo. En cambio, sí puedo señalar que en el tema del judaísmo francés nos separaban algunos matices.

-¿Reaccionó sobre su texto acerca de la *Crítica de la razón dialéctica* y a las reservas que usted formuló a propósito de Sartre?

-No, no hubo ninguna reacción de su parte. Se lo repito: nuestra complicidad, incluso nuestro afecto, no se nutría de ningún debate de ideas. Así era.

-¿Leía usted sus libros?

-Por supuesto, y con pasión. Me gustaron mucho sus *Memorias*, aun cuando, para mí, Aron es primero el autor de *Introducción a la filosofía de la historia*. Pero yo situo muy alto, también, aquellos de sus libros (del *Opium des intellectuels* al *Spectateur engagé*) en los que invitaba, y con qué talento, a una verdadera purgación de las miasmas que estorbaron a toda una generación. Dicho lo anterior, la importancia de Raymond Aron sobrepasa largamente, a mi entender, la de sus obras: el hombre, sobre todo, me parecía un modelo y admiraba en él esa extrema sensibilidad voluntariamente controlada, amaestrada, y que él había logrado recubrir de una suerte de ascetismo que le parecía indispensable para llegar a la verdad. Piense que, toda su vida, Aron se contrajo, casi se castigó, a fin de dominar sus impulsos (esos a los que nosotros, todos, cedemos) porque se sentía llamado por la mesura, por el rigor...

-No obstante, son muchos los que han reprochado a sus *Memorias*, y a él mismo, su insensibilidad, su frialdad...

-Nada me parece más injusto. La insensibilidad que se le achacaba no tiene sentido para quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo un poco.

-¿Qué piensa usted de su diálogo imposible con Sartre?

-Sartre era, sin duda, un escritor y un artista mucho más

importante que Aron. Pero, para mí, el fondo de la cuestión es simple: Aron era un espíritu derecho y Sartre un espíritu falso.

—¿Cómo juzga su trabajo de periodista?

—Créame que sólo mi incapacidad me alejó del periodismo. Hubiera deseado hacerlo y tener, como Aron, la facultad tan rara de ser rápido, preciso, claro.

—¿Qué pensó, entonces, de su famoso editorial sobre las elecciones de Dreux?*

—Estuve de acuerdo con él: cuatro consejeros municipales de extrema derecha me parecen menos peligrosos que cuatro ministros comunistas. Por lo demás, y como lo recordé en mi último libro, *Le regard éloigné*, me niego a confundir racismo y

* Las elecciones municipales de Dreux, recientemente celebradas en Francia, dieron pie a que se unieran la extrema derecha y la derecha (Giscard d'Estaing, Raymond Barre, etc.) contra los socialistas. (N. del T.)

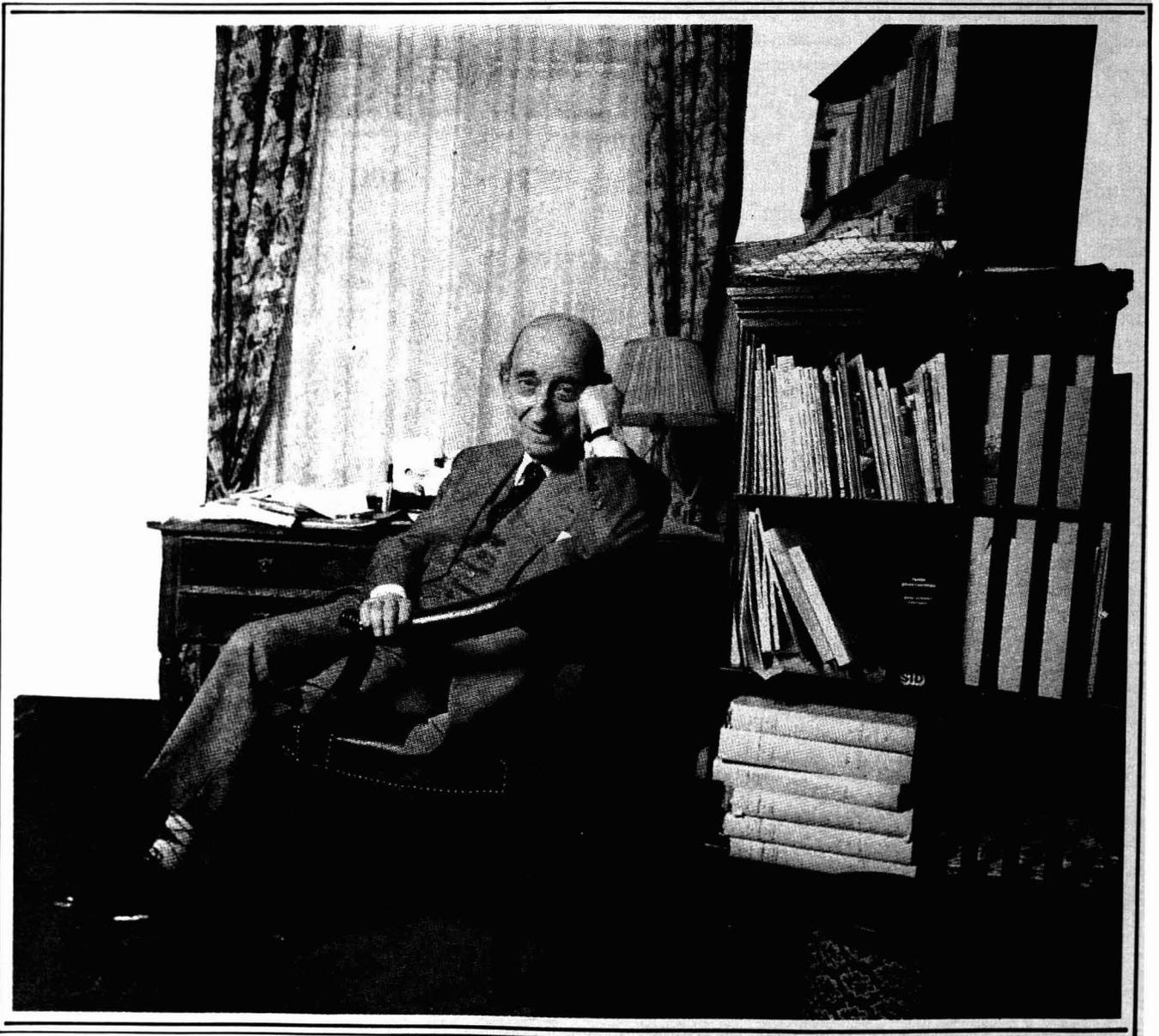
xenofobia. Por supuesto, y usted lo sabe muy bien, yo no tengo ninguna simpatía por los extremistas de Dreux ni por la clase de ideas que defienden; pero esas ideas no me parecen menos legítimas o más culpables que las ideas inversas cuyos efectos vemos en la opinión pública. Hacer de las primeras un chivo expiatorio sin evaluar los riesgos de las segundas es una pura inconsecuencia. En este caso, existen dos aberraciones opuestas que se engendran la una a la otra...

—“Aron, nuestro último sabio”, declaró usted...

—Sí, nuestro último sabio; el último de mi generación, en todo caso, y el único que tuvo el coraje de imponerse, en todas las cosas, una disciplina de espíritu inmisericorde para con él mismo y para con los otros.

—Nuestro “último sabio” o, como se dijo, nuestro “último profesor”?

—Ambas cosas. Aron fue, en efecto, nuestro último profesor de higiene intelectual.



Raymond Aron